

Pedro Arrupe: el sentido de un Centenario

1. CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DE PEDRO ARRUPE

El 14 de noviembre de 2007 se han cumplido cien años del nacimiento del P. Pedro Arrupe, antiguo Prepósito General de la Compañía de Jesús entre 1965 y 1981, y primer vasco que ocupó el cargo después de su fundación por san Ignacio de Loyola. El centenario del P. Arrupe ha coincidido con una coyuntura crucial para los jesuitas: la celebración de la 35ª Congregación General (el máximo órgano legislativo de la Compañía de Jesús; en adelante CG), en la que se ha elegido al palentino Adolfo Nicolás como nuevo Prepósito General, y con la que ha concluido el ciclo de lo que se podría llamar “el pos-arrupismo histórico”¹.

1.1. Se cierra un ciclo

Efectivamente, el generalato de Pedro Arrupe terminó abruptamente en el verano de 1981, cuando un accidente cerebro-vascular le impidió el desempeño de sus funciones y el Papa Juan Pablo II nombró un delegado personal suyo para el gobierno de la Orden religiosa. La intervención papal se producía en el punto álgido de unas relaciones crecientemente tensas entre la Santa Sede y la Compañía de Jesús, que reflejaban la pérdida de confianza en la ortodoxia y pronta disposición de los jesuitas en el servicio al papado. Dos años más tarde, la CG 33ª elegía al P. Peter-Hans Kolvenbach como sucesor del P. Arrupe, con la encomienda primordial de reconducir las relaciones de la Orden y la Santa Sede a su normalización. Después de 24 años de ejercicio, el P. Kolvenbach ha estimado concluida su tarea y ha presentado su dimisión al cargo de Prepósito General a la

1. Cfr. Alcover, Norberto. “Momento y sentido del pos-arrupismo”. En: ABC, Madrid 14.11.2007; p. 56.

CG 35^a. En cierto sentido, como he adelantado, la conmemoración del centenario del P. Arrupe coincide, pues, con la conclusión del pos-arrupismo histórico, ese período que se inicia con su abandono del generalato y en el que, sobre la vida de la Compañía de Jesús, ha seguido gravitado sensiblemente su influencia.

1.2. Recuperación historiográfica

Además, el centenario del P. Arrupe coincide con una recuperación historiográfica de su figura. Al P. Arrupe le correspondió gobernar la Compañía de Jesús en el período más agitado de la historia eclesiástica del s. XX; el de la reforma dispuesta por el Concilio Vaticano II. Desde su elección, la figura del P. Arrupe trascendió las fronteras de la Orden y se convirtió en uno de los más poderosos iconos de la reforma puesta en marcha, perfilándose rápidamente con rasgos proféticos. Desde muy pronto, su nombre despertó reacciones opuestas. De él decía su sucesor, el P. Peter-Hans Kolvenbach, en una carta con motivo del décimo aniversario de su fallecimiento: “Como cualquier otro testigo profético, el padre Arrupe, fue señal de contradicción, incomprendido o mal comprendido, en la Compañía y fuera de ella”.

A pesar de que, como veremos más adelante, la personalidad y desempeño del P. Arrupe destacan con el brillo propio de una de las figuras carismáticas más brillantes de la Iglesia en el s. XX, los sectores más conservadores, tanto dentro de la Compañía de Jesús como de fuera, mostrando escasa visión y discernimiento, atribuyeron al P. Arrupe responsabilidad directa en la crisis religiosa, de la que numerosos signos se hicieron patentes en tantos sitios por aquellos años. Ciertamente, las tensas relaciones con la Santa Sede marcan uno de los hilos conductores de su generalato. Y al final, aunque no menos importante, la última etapa de su vida, con el lacerante espectáculo de aquel viajero incansable, personaje público, comunicador nato, predicador constante... reducido al silencio, a la absoluta dependencia, con el rosario en la mano en la penumbra de la enfermería de la curia jesuítica de Roma, consolado sólo por el incesante goteo de afectuosas visitas de gente de todos los rincones que le veneraba. Estos hechos son el telón de fondo de una injusticia historiográfica.

La historia del generalato del P. Arrupe ha padecido “una especie de ‘marginación’ histórica que lo ha acompañado después de su muerte... se ha creado un estereotipo del cual, por muchos años, quizás demasiados, ha sido arduo alejarse. Su caso ha sido largamente tergiversado por medio de la evanescente y a-histórica categoría interpretativa del progresismo. Su generalato ha sido frecuentemente leído con los ojos de la crónica y de una superficial lectura, fruto de esquemas interpretativos preconcebidos y de preclusiones ideológicas”². Uno de sus biógrafos saluda este nuevo tiempo

2. Cfr. La Bella, G.. “La metamorfosis de una percepción: el P. Arrupe a lo largo de 30 años”. En: *Manresa* 116 (2007) 47.

“porque hablar y escribir de Arrupe ha sido durante muchos años, quizás por sus conflictos con el Vaticano, casi un tema tabú”³.

La recuperación historiográfica de la figura del P. Arrupe ha recibido en el año centenario un impulso decisivo con la publicación de una obra colectiva de carácter monumental que reúne casi medio centenar de estudios especiales sobre diversas facetas del personaje y de su labor que, sin embargo, resulta un aporte unitario y no una simple colección de estudios inco nexos⁴. Los autores han tenido amplio acceso a las fuentes documentales y con frecuencia pudieron acudir a sus propios recuerdos para enriquecer sus aportes, pero siempre el tratamiento es objetivo, ponderado, impecable. Del conjunto emerge una figura de Pedro Arrupe rica en matices, redimensionada y liberada de consignas ideológicas. Las revistas jesuíticas en distintos países también se han hecho eco de la conmemoración y han publicado numerosos artículos que, por ahora, es difícil reseñar.



Pedro Arrupe, joven jesuita en formación. Oña (c.a. 1931)

1.3. El centenario en Euskal Herria

No ha pasado inadvertido que Pedro Arrupe ya ocupa un lugar destacado entre los vascos universales; por eso, en su tierra natal, el centenario ha adquirido acentos muy especiales. Ya en 1965, apenas elegido Prepósito General, Bilbao le había otorgado el título de “Hijo predilecto” de la ciudad.

Los jesuitas de Euskal Herria han conmemorado el centenario del P. Arrupe con un programa de actos especial bajo el lema “Nos enseñó a mirar el lado bueno del mundo”. El programa ha contemplado un ciclo de conferencias, la dedicación de un monumento al pie de la pasarela que lleva su nombre en la ría de Bilbao, dos exposiciones fotográficas retrospectivas y un espectáculo escénico-musical.

3. Lamet, P. M. “Pedro Arrupe, testigo del s. XX y profeta del XXI”. En: Conferencia pronunciada en Arrupe Etxea (Bilbao) el 09.10.2007; p. 1.

4. La Bella, Gianni (ed.). *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*. Bilbao-Santander: Mensajero - Sal Terrae, 2007.

El ciclo de conferencias se ha ofrecido en la Universidad de Deusto y en “Arrupe Etxea”, el centro de apostolado social de los jesuitas de Bilbao⁵. La primera conferencia del ciclo, con el título “Pedro Arrupe, testigo del siglo XX y profeta del XXI”, fue pronunciada el 9 de octubre y estuvo a cargo de Pedro Miguel Lamet, jesuita periodista y biógrafo del P. Arrupe.

La segunda conferencia ofrecida el 30 de octubre en Arrupe Etxea, a cargo de Ignacio Iglesias, fue una exploración de la biografía espiritual del P. Arrupe, rescatando escritos íntimos desconocidos como sus notas de Ejercicios Espirituales de 1966, al poco tiempo de haber sido elegido para el cargo de Prepósito General. La conferencia tuvo por título “Pedro Arrupe, un místico para el s. XXI”.

La tercera conferencia, sin duda la de mayor relieve, fue dictada en el Paraninfo de la Universidad de Deusto, por el P. Peter-Hans Kolvenbach, todavía Prepósito General de los jesuitas, coincidiendo con la fecha del centenario. Su título: “Pedro Arrupe, profeta de la reforma conciliar”. En ésta, su última intervención pública como General de los jesuitas, el P. Kolvenbach hizo el balance del legado que recibió de su predecesor en el cargo.

El 27 de noviembre fue el turno de la cuarta conferencia, encomendada a Enrique Figaredo, misionero jesuita y Prefecto Apostólico de Battambang (Camboya), con el título “Acompañar a refugiados, un legado de Arrupe”. En esta ocasión se pasó revista al trabajo del Servicio Jesuita para los Refugiados, la última creación apostólica del P. Arrupe.

La última conferencia del ciclo, “Momentos conflictivos en el gobierno del Padre Arrupe”, a cargo del P. Manuel Alcalá, jesuita, periodista y filósofo, pasó revista a tres casos problemáticos de diversa naturaleza en el gobierno del P. Arrupe, con los que el conferencista responde a la acusación de debilidad que se ha dirigido contra su generalato. De su exposición se desprende que el P. Arrupe ejerció la autoridad con discernimiento en cada caso, y nunca renunció a la firmeza cuando fue necesaria.

Dos exposiciones fotográficas retrospectivas han acompañado la conmemoración. La primera, con el título “La mirada de Arrupe” fue acogida en los espacios del Museo de Bellas Artes de Bilbao entre el 12 de noviembre y el 16 de diciembre. La serie de fotografías sigue el hilo biográfico del personaje resaltando en muchas de las imágenes precisamente la mirada del P. Arrupe, que “interpelaba sin intimidad”. Por su parte, “Arrupe Etxea” alojó la exposición temporal que hacía propio el lema del centenario: “Pedro Arrupe nos enseñó a mirar el lado bueno del mundo”. Las fotografías de la muestra, la mayoría inéditas, proceden de distintos archivos jesuíticos y recogen momentos íntimos, encuentros memorables, actividades y rasgos característicos de su gobierno.

5. La Universidad de Deusto ha podido ensamblar el Centenario de Arrupe con el sesquicentenario del Beato Hno. Francisco Gárate, portero de la Universidad durante cuarenta años, y ha presentado a ambos personajes como dos modelos de vida distintos, aunque complementarios.

La ciudad de Bilbao no quiso que la fecha pasara inadvertida y quiso asociarse a la memoria del “bilbaíno universal”, expresión que se aplica al P. Arrupe en el monolito que sirve de base al busto erigido delante de la Universidad de Deusto, al pie de la pasarela que hace algunos años lleva el nombre del antiguo General de los jesuitas. En el acto de inauguración del monumento pronunciaron sendos discursos el Alcalde de la ciudad, Iñaki Azkuna y el rector de la universidad, P. Jaime Oraá, S.I.

Seguramente el momento más notable de la conmemoración centenaria se vivió en el Palacio Euskalduna precisamente el 14 de noviembre. Los jesuitas de la provincia de Loyola habían encomendado un espectáculo de gran formato al artista Gontzal Mendibil. El resultado fue una obra multimedia titulada “Arrupe, nire ixiltasuna”, en la que Mendibil acertó combinando canto, danza, teatro, música y audiovisuales. Participan la Orquesta Sinfónica Ludvig, el Orfeón Donostiarra, el coro del conservatorio de la Sociedad Coral de Bilbao, todos bajo la dirección de Juan José Ocón. Sobre las tablas el bailarín Igor Yebra, la Compañía de Danzas Beti Jai Alai, el dúo Oreka Txalaparta y casi un centenar de actores y figurantes. El montaje, a través de una sucesión de escenas que recorren la biografía del P. Arrupe por cuatro continentes, explora su experiencia del silencio en tres momentos cruciales de su vida: su pronto orfandad, el estallido de la bomba atómica y el accidente cerebro-vascular que marcó la etapa final de su vida. El espectáculo fue transmitido días después por Euskal Telebista. Se han editado dos CDs y un DVD que recogen la puesta en escena y toda la parte musical. Los fondos obtenidos por su distribución serán destinados a apoyar los programas del Servicio Jesuita a los Refugiados.

2. SEMBLANZA

2.1. Saliendo de los círculos de pertenencia

Pedro Arrupe nació en Bilbao, el 14 de noviembre de 1907, en el seno de una familia de clase media acomodada y de hondas raíces católicas. Era hijo de Marcelino Arrupe, un conocido arquitecto local, cofundador del diario “La Gaceta del Norte”. Fue bautizado, al día siguiente de su nacimiento, en la Iglesia de Santiago, actual catedral de la ciudad. Siendo aún niño, en verano de 1916 quedó huérfano de madre.

Entre 1914 y 1923 cursó estudios en el Colegio de los Escolapios de su ciudad natal. Su relación y conocimiento de los jesuitas se inició en 1918, siendo todavía colegial, al ingresar en los Kostkas de Bilbao, la Congregación Mariana que dirigía el P. Basterra, a quien Pedro Arrupe recordó siempre entre las personas que tuvieron mayor influencia en su vida. Dentro de la Congregación Mariana, el futuro misionero en el extremo Oriente se inició como catequista.

En 1923, al tiempo que se establecía en España la dictadura de Primo de Rivera, marchó a Madrid para iniciar los estudios de medicina en la Facul-

tad de San Carlos de la Universidad Central. Como estudiante destacó siempre por sus calificaciones brillantes. Severo Ochoa, futuro premio Nóbel, fue compañero estricto de Arrupe en sus años de la facultad de Medicina, recordaba cómo los puestos de honor siempre los compartió con Arrupe. Durante sus estudios universitarios se asoció a las Conferencias de San Vicente de Paúl de Madrid, lo que le permitió el contacto directo con personas pobres y necesitadas en los suburbios de la capital.

En la primavera de 1926 murió Marcelino Arrupe, su padre. En el verano de aquel año, partió en peregrinación familiar, con sus tres hermanas, al santuario de Ntra. Sra. de Lourdes (Dpto. de los Bajos Pirineos, Francia). Aunque no se había titulado médico, su condición de estudiante de medicina le permitió colaborar en el servicio de verificación de curaciones del santuario mariano. Allí, fue testigo de tres curaciones extraordinarias que le impactaron profundamente. En sus memorias recuerda aquella experiencia en la que se condensaban su contacto con el sufrimiento humano de los enfermos, la tragedia social de la pobreza, que palpaba de cerca en Madrid, y el encuentro personal con Dios. Más adelante, en sus memorias, él asociaría esta experiencia con el origen de su vocación a la vida religiosa:

Quando dejé Lourdes para volverme a Bilbao y después a Madrid, me llevaba, sin saberlo todavía, el germen de mi futura vocación... Sentí a Dios tan cerca en sus milagros que me arrastró violentamente detrás de sí.

Al final del verano de 1926 Pedro Arrupe hizo los Ejercicios Espirituales dirigido por el P. Laburu, y como fruto de los mismos decidió en firme su ingreso a la Compañía de Jesús.

El 15 de enero de 1927 ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús, junto a la santa casa de Loyola. Durante el noviciado Pedro Arrupe recibió en una oportunidad una visita sorprendente, que puede ayudar a intuir el brillo particular del antiguo estudiante de medicina. Fue la del Dr. Juan Negrín López, médico fisiólogo que formaba parte de aquel cuerpo de profesores recordados por el novicio, que no ahorran diatribas contra la religión en nombre de la ciencia... y que diez años después llegaría a ser Presidente de la II República, en plena Guerra Civil. El profesor, disgustado por el rumbo que su brillante discípulo había elegido, no escatimó el esfuerzo de acercarse hasta Loyola, para verle e intentar recuperarlo para la medicina. Se cuenta que en el abrazo de despedida, Negrín reconocía: "A pesar de todo, me caes muy simpático".

Después de completar los dos años del noviciado, cumplió el período de preparación humanística, también en Loyola; pero apenas iniciados sus estudios de filosofía en Oña (Burgos), en 1932, le sorprendió la expulsión de España de la Compañía de Jesús. Junto a sus compañeros fue enviado a Marneffe (Bélgica), donde los jesuitas españoles habían encontrado refugio y donde culminó sus estudios de filosofía. Se iniciaba entonces un itinerario por Europa, América y el Extremo Oriente, que lo convertiría con el tiempo en un ciudadano del mundo, un hombre universal, habituado a salir y relativizar los propios círculos de pertenencia.

Para cumplir el ciclo de estudios teológicos fue enviado a Valkenburg (Holanda), regresando a Marneffe para su ordenación sacerdotal el 30 de julio de 1936. En septiembre de aquel año, va a los Estados Unidos para concluir los estudios de teología en el St. Mary's College, el Teologado de los Jesuitas en Kansas y especializarse en moral médica.

Al año siguiente pasa a Cleveland, Ohio, donde cumple la Tercera Probación, una especie de “segundo noviciado” de un año de duración al final de los estudios, con el que se completa la formación espiritual de los jesuitas. Durante este período se ocupa de la atención pastoral de inmigrantes latinos y, especialmente, en cárceles de máxima seguridad. Por aquel tiempo, sus ofrecimientos al P. General para ser enviado a las misiones del Extremo Oriente son escuchados, y el 6 de junio de 1938 recibe la carta en la que es destinado a la misión de Japón. Tres meses más tarde, el 30 de septiembre se embarcaba en Seattle hacia Yokohama.

2.2. Misionero en Japón

Con treinta años de edad, llega a Japón, donde transcurrirá un cuarto de siglo dedicado a la misión pastoral. Su primer contacto con el pueblo y la cultura japonesa fue en Hiroshima, donde cumplió su período inicial de adaptación y aprendizaje básico de una lengua que, con el tiempo, llegó a conocer al punto de atreverse a traducir los escritos de san Ignacio, san Francisco Javier y san Juan de la Cruz.

El matizado pensamiento que más tarde expondría Arrupe sobre la inculturación de la fe vino a la luz a lo largo de un trabajoso debate interno que se prolongó por años. A su llegada a Japón, el P. Arrupe era “un jesuita clásico” de la época, todos cortados con el mismo troquel: a pesar de haber atravesado Europa y América, había sido formado al estilo intelectualista intransigente del jesuitismo restauracionista; su ideal era implantar el Reino de Cristo en la tierra y su perspectiva frente a las culturas y religiones no-cristianas de Oriente era apologética. Sus primeras actividades como misionero estaban pensadas desde el eurocentrismo. Se cuenta que llegó a organizar una procesión de católicos portando estandartes por las calles de Yamaguchi. Fue la sensibilidad, la riqueza humana y la confianza en la Providencia lo que le permitió comprender que la evangelización no podía ser arrastrar el Oriente hacia el Occidente dejando por el camino aquella cultura milenaria, sino precisamente el contrario: despojarse del eurocentrismo y asimilar la cultura nipona para hacer posible un encuentro novedoso con el evangelio. Por eso asumió como responsabilidad misionera una consciente y humilde “aculturación”, como dicen los antropólogos, que le llevó al aprendizaje de los caminos de interiorización del Zen para el encuentro del yo profundo, de la caligrafía a pincel de los ideogramas japoneses, del arte del tiro con el arco y del ceremonial del té.

Su inmersión en una cultura tan distinta a la suya de origen fue a fondo: no podía ser menos para un espíritu formado en los Ejercicios de san Ignacio. La encarnación del Verbo no es una apariencia, sino el modo y lugar pre-

cisos de la redención... Años más tarde, al insistir en la necesaria inculturación misionera de la fe, expresará el P. Arrupe:

Los valores culturales no son absolutos. Una cultura que se encierra en sí misma se empobrece, se anquilosa, muere. Si la fe queda encerrada en una cultura particular sufre esas limitaciones. La fe debe mantener su continuo diálogo con todas las culturas. Fe y cultura se emulan mutuamente; la fe purifica y enriquece la cultura y la cultura enriquece y purifica la fe... El espíritu santo realiza el deseo, humanamente imposible (y sin embargo más profundo del hombre) de la unidad radical en la más radical diversidad⁶.

En junio de 1940 es destinado a la parroquia jesuítica de Yamaguchi, una de las primeras comunidades cristianas niponas evangelizada cuatro siglos antes por san Francisco Javier, y donde el santo había transcurrido la mayor parte de su permanencia en Japón. Más tarde, el m P. Arrupe desarrolló su apostolado en Tokio, acompañando los programas de acción social patrocinados por la Universidad Sofía.

Al entrar en Imperio Japonés en la II Guerra Mundial tuvo el P. Arrupe que atravesar una experiencia insólita que le marcará profundamente. El 8 de diciembre de 1941, las autoridades militares le consideraron sospechoso de servir a los intereses occidentales y procedieron a arrestarle. Durante treinta y tres días permaneció recluido en una minúscula celda. En la noche de Navidad de aquel año, los católicos de su parroquia, cantaban villancicos con la esperanza de que Arrupe llegara a oírlos y recibiera aliento. Años después, el P. Arrupe recordará aquel largo mes como un tiempo de intensa consolación espiritual. El trato cortés y digno de Arrupe con sus carceleros y jueces les impresionó al punto de restituirle la libertad.

En marzo de 1942, todavía en tiempo de guerra, fue destinado al cargo de Maestro de Novicios de Japón, con la sede del noviciado en Nagatsuka un suburbio sobre una colina de Hiroshima, a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad. En aquel momento, la experiencia misionera había madurado convicciones decisivas: el P. Arrupe se mostró innovador audaz, pues a diferencia del resto de los noviciados jesuíticos, calcados unos de los otros, y todos del costumbbrero secular, el noviciado de Hiroshima sería inconfundiblemente japonés: en él encontró espacio la tradición espiritual japonesa que servía de humus para germinar la experiencia de los Ejercicios de san Ignacio y de las Constituciones de la Compañía de Jesús. El P. Arrupe era innovador en el seno de la Compañía restauracionista, pero en realidad estaba recuperando una veta tradicional de la Orden fundada por san Ignacio, veta que tres siglos antes había dado frutos copiosos de evangelización en China, India y sur América.

El 6 de agosto de 1945, la primera bomba atómica arrojada sobre el centro de la ciudad, devastó Hiroshima en pocos segundos y dejó la secuela

6. Cfr. *Catequesis e inculturación*. Intervención en el Sínodo de Obispos. Roma, octubre de 1977.

de 120.000 muertos y más de 70.000 heridos. La explosión sorprendió al maestro de novicios delante del reloj de comunidad que quedó congelado a las 8,15 am. de aquel día.

El P. Arrupe decidió convertir el Noviciado de la Compañía de Jesús en hospital de emergencia, en el que inesperadamente hubo de aplicar sus conocimientos de medicina, abandonados veinte años antes. La explosión atómica dividió la vida de Pedro Arrupe en dos mitades; el impacto que produjo en él el sufrimiento masivo causado tecnológicamente fue imborrable. Pero lejos de endurecerle, como tantas veces hace el sufrimiento, aquél le enriqueció porque le hizo más sensible, más solidario, más misericordioso, más tierno.

El 24 de marzo de 1954 el P. Arrupe fue nombrado Vice-provincial de Japón. A partir de aquella designación comienzan sus frecuentes viajes por occidente, para dar a conocer la obra de la Compañía de Jesús en aquel país y recabar fondos para las obras de la iglesia nipona. Data de entonces el libro *Yo viví la bomba atómica*, en el que relataba la pavorosa experiencia de Hiroshima, y que fungía de carta de presentación de Arrupe.

En octubre de 1958 el P. J-B. Janssens, Prepósito General de la Orden, le nombra primer Superior Provincial de la recién erigida Provincia jesuítica de Japón. Desde su cargo de Superior Provincial, el P. Arrupe nuevamente se mostraba innovador y animaba a los jesuitas extranjeros

(...) a abandonar con generosidad las maneras occidentales de orar, de vivir y de trabajar, para, siguiendo al apóstol Pablo, hacerse todo a todos. Este reto pretendía que los japoneses pudieran reconocer en el rostro de Cristo y de su Iglesia, los rasgos japoneses de su ancestral deseo religioso. Tal fidelidad a este modo de acercamiento nuevo del apóstol Pablo suscitaba en unos el entusiasmo apostólico, pero despertaba en otros una resistencia de principio⁷.

Siendo superior provincial, Arrupe desplegó una enérgica actividad de propagandista recorriendo innumerables países como portador de la invitación a jesuitas de todo el mundo a ofrecerse voluntariamente a la joven Provincia de Japón, para desarrollar la misión en aquella sociedad que acometía su reconstrucción después de la derrota militar y moral de la Segunda Guerra Mundial. La Provincia de Japón se consolidó durante el provincialato del P. Arrupe gracias al ofrecimiento de jesuitas procedentes de más de treinta países de Occidente.

2.3. La cristiandad en crisis va al Concilio Vaticano II

Desde finales del s. XVIII y a consecuencia del desmantelamiento del Antiguo Régimen por las revoluciones burguesas, entre la Iglesia católica y la sociedad moderna se había mantenido un clima de recíproca hostilidad y

7. Cfr. Kolvenbach, Peter-Hans. *P. Pedro Arrupe, Profeta de la renovación conciliar*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2008; p. 15.

prescindencia, que había alcanzado sus momentos culminantes con la publicación del Sílabo de Pío IX⁸ y la cruzada antimodernista del Pío X⁹. Después de la Primera Guerra Mundial, en el seno de el episcopado y entre los teólogos europeos se venía generalizando un cierto malestar por la convicción de que no se respondía adecuadamente a los desafíos del mundo moderno a la fe. Se multiplicaban los signos de disenso tanto en el seno de los institutos religiosos como entre teólogos e intelectuales. No bastaba con la progresiva normalización de las relaciones formales entre la Santa Sede y los Estados modernos alcanzada mediante la política concordataria desplegada por el Cardenal Pacelli, luego Pío XII; era necesaria una revisión a fondo de la presencia de la Iglesia en el mundo moderno.

Respecto a la Compañía de Jesús, la pasión por el monolitismo preconciiliar escamoteaba la visibilidad de una realidad patente: ya en el período entreguerras: ella misma mostraba signos de crisis y fractura de la homogeneidad. Por un lado, la apariencia externa transparentaba una especie de alcázar de la ortodoxia, prolongación del espíritu restauracionista decimonónico, heredero de la inflación papista desarrollada después del Concilio Vaticano I (1870) que comprendía su misión en el mundo como restauración de la Cristiandad –una suerte de teocracia terrena–, propugnaba una moral rigo-rista hacia el exterior y la minuciosa observancia regular hacia dentro de la Orden. Pero por el otro lado, se generalizaba la convicción de que era imperioso salir al encuentro del mundo moderno en el terreno de la cultura, de las ciencias, del diálogo interreligioso; que la Compañía de Jesús debía hacerse presente activamente en lo que desde León XIII (1891) se llamaba “la cuestión social”; y hacerlo todo de la mano de una teología renovada. Ambas perspectivas estaban netamente dibujadas antes del Concilio. En los escritos del P. Janssens ya aparecía la preocupación por la reducción del número de vocaciones y el abandono del ministerio por parte de sacerdotes recién ordenados.

La intención de convocar un concilio había aparecido en los pontificados de Pío XI y de Pío XII, pero se intuía una conmoción interna de imprevisibles alcances y nunca pareció llegado el momento oportuno. El Cardenal J. Danielou, en sus memorias recuerda una apreciación de aquellos tiempos:

(...) el problema esencial estriba, pues, hoy no ya en los obstáculos que la Iglesia puede hallar en el exterior, sino en las amenazas que minan por dentro”.

Inesperadamente, el 25 de enero de 1959, a los pocos meses del inicio de su pontificado, Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, seguramente el acontecimiento más importante de la vida de la Iglesia católica en el s. XX. Como veremos, el nombre de Pedro Arrupe quedará indisolublemente vinculado al espíritu renovador el Concilio.

8. Bula *Quanta cura*, de 8.12.1864.

9. Decreto *Lamentabili*, de 3.07.1907

No está de más recordar que el Papa Juan XXIII se vio obligado a espolpear a la curia vaticana que después de meses de la convocatoria conciliar no había superado el inmovilismo... Más sorprendente todavía es que los esquemas preparados por la curia fueron rechazados uno a uno por los Padres Conciliares. Aquellos documentos eran la prolongación del anterior Concilio Vaticano I, de un siglo antes; de tono dogmático e infalibilista, apoloético e intransigente. No respondían a la intuición del Papa ni a la mente de los obispos; no se daban por enterados de la novedad del mundo moderno; ni adoptaban la perspectiva pastoral. Para sorpresa e incredulidad del mundo, el primer gesto del Concilio fue una “apertura democrática”, más precisamente, un ejercicio de diálogo y colegialidad. Era presagio de cambios sin precedentes.

Después de varias décadas, no es fácil transmitir la conmoción y magnitud de los cambios introducidos por el Concilio. La reforma interna de la Iglesia promovida, lejos de quedarse en el plano intelectual tuvo inmediata repercusión práctica. Ante todo, se proyectaba una mirada benévola hacia el mundo moderno; se asumía la actitud solidaria de cercanía a los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo (GS 1); se ensanchaba el sentido de iglesia a todos los bautizados, recordándoles su responsabilidad testimonial y apostólica; y la Iglesia se presentaba a sí misma como mensajera de salvación para la humanidad.

El régimen de vida de los Institutos religiosos debía acoger aquel espíritu e interrogarse por su fidelidad a las fuentes carismáticas que les animaban y por la pertinencia de su acción apostólica en el seno de las sociedades modernas. Esto se tradujo en la convocatoria de los “capítulos” –los órganos legislativos– de los institutos religiosos para acometer la renovación. Antes de concluir el Concilio, la muerte del Prepósito General, el belga P. J. B. Janssens, el 5 de octubre de 1964 urgía la convocatoria de la CG de la Compañía de Jesús para elegir a su sucesor y acometer la reforma interna exigida por el Concilio.

Hay un dato importante para estimar el ambiente jesuitico del momento: cuando se convoca una CG los jesuitas pueden enviar “postulados”, una suerte de proposiciones o peticiones a ser consideradas. Pues bien, la CG 31 recibió más de dosmil –cantidad insólita– y la mayoría de ellos solicitando la adopción de cambios.

El 13 de noviembre de 1964 fue convocada, finalmente, la CG 31^a para iniciar sus sesiones el 7 de mayo del año siguiente, cuando los congregados fueron recibidos en audiencia por el Papa Pablo VI. Pedro Arrupe, en su calidad de Superior Provincial de Japón estaba entre ellos. La CG se desarrolló en dos sesiones, la primera del 7 de mayo al 15 de julio de 1965 y la segunda, al año siguiente, del 8 de septiembre al 17 de noviembre de 1966.

2.4. Prepósito General de la Compañía

De la primera sesión de la CG 31, el 22 de mayo de 1965, el P. Pedro Arrupe salió elegido Prepósito General, vigésimo octavo de los sucesores de san Ignacio, con el encargo de dirigir a la Compañía en el proceso de reformas impulsadas por el Concilio. Se trató de una elección un tanto desconcertante, pues no se trataba de un hombre curial, avezado en los laberintos romanos; tampoco era propiamente un intelectual, sino un hombre de acción; provenía de la periferia misional, del extremo Oriente, tenía experiencia pastoral y organizativa y gran sensibilidad humana... pero no era posible ubicarlo como figura de continuidad respecto al pasado, ni parecía previsible su designación. Al día siguiente de su elección, el P. Arrupe definió el desafío del momento a la Compañía como una “reconversión”, un cambio profundo de mente que permitiera recuperar las fuentes ignacianas del carisma y revitalizara su presencia en el seno de la sociedad moderna.

Aquel mismo año, y ya como Superior General de la Compañía, el P. Arrupe fue elegido por primera vez como presidente de la Unión de Superiores Generales. Posteriormente, fue reelegido cuatro veces más por los superiores religiosos para presidir el organismo que les reúne. Desde este cargo, el P. Arrupe desarrolló una inestimable labor como promotor de la reforma conciliar entre los institutos religiosos, que con el paso del tiempo seguramente será reconocida como una de sus facetas más fecundas. En esa condición participó en la cuarta y última sesión conciliar, interviniendo en el Aula con un par de alocuciones, que ya al inicio de su gobierno, se ocuparon de dos ejes fundamentales de la misión renovada de la Orden y de la vida religiosa en general: la primera sobre el ateísmo y la otra sobre la inculturación de la fe en la misión de la Iglesia entre los pueblos del mundo.

El Concilio Ecuménico Vaticano II celebró su solemne clausura el 8 de diciembre de 1965, y al P. Arrupe le faltó tiempo para iniciar, a finales de aquel año, un notable periplo por el Oriente medio y África, que le llevó a más de una docena de países en los que tomó contacto directo con los jesuitas establecidos en culturas diversas y, casi siempre, en realidades sociales conflictivas.

Desde el inicio de su gobierno, el P. Arrupe sorprendió por su extraordinaria capacidad comunicativa, tanto personal como mediática, y su intención permanente de estar en contacto directo con los jesuitas del mundo entero en sus mismos puestos de misión. Pronto dejó plasmada la imagen del General viajero, que con su movilidad y multitud de contactos proyectó la imagen de una Compañía de Jesús repartida por todos los continentes y formada por hombres de docenas de culturas. No debería pasar inadvertido el hecho de que la Compañía de Jesús de la segunda mitad del s. XX es, sin duda, una de las instituciones más heterogénea por su presencia en más de un centenar de países y por la auténtica internacionalidad de sus miembros. Hace décadas que los jesuitas originarios de Occidente son minoría en el conjunto de la Orden. Se podrá comprender, además, que al mantener el firme propósito de dar una respuesta evangelizadora adecuada a los desafíos locales, las solu-



Pedro Arrupe, recién elegido Prepósito General de la Compañía de Jesús (1965)

ciones necesariamente han de ser muy diferentes. Este hecho, sin duda, problematiza el sentido de la unidad en la diversidad y muestra la impertinencia de las pretensiones de homogeneidad, tan característica del pasado.

Al final del verano de 1966, se completaron los trabajos de la segunda sesión de la CG 31, que entregaba a la Compañía de Jesús un impresionante trabajo legislativo que actualizaba las estructuras y apostolados de la Orden según la mente del Concilio Vaticano II... y encomendaba al P. General la tarea de liderizar su implantación.

2.5. La “tercera” Compañía

No es exagerada la impresión, alguna vez manifestada, de que las CCGG 31^a y 32^a, que definen el generalato del P. Arrupe, constituyen una “segunda refundación” de la Compañía de Jesús. En el P. Arrupe se reconoce universalmente un profeta carismático de la renovación posconciliar; sin lugar a dudas, ése es uno de los ejes de su vida y obra, pero no debe olvidarse que su acción reformadora de la Orden no fue una originalidad personal, sino una encomienda, un encargo de la CG 31, que le eligió, y de la CG 32, que diez años más tarde confirmó la dirección conferida a los cambios en la Compañía. A esta encomienda se ajustó el P. Arrupe con admirable obediencia.

Efectivamente, san Ignacio y sus primeros compañeros fundaron la Orden, según un diseño original y sorprendente en el contexto de la vida religiosa, en 1540. Al ser creada, la Compañía de Jesús constituyó una novedad absoluta respecto a los estilos de vida religiosa del medioevo, al abandonar el modelo monástico y el conventual; poner el centro de la vida de los jesuitas en el trabajo apostólico y no en la comunidad religiosa; dispensarles de las tradicionales obligaciones del hábito y de las oraciones en común; y abrirse con gran flexibilidad a innumerables actividades en medio del mundo. Semejante innovación no fue comprendida ni aceptada fácilmente, y desde el inicio contó con adversarios. Pero la eficacia apostólica de los jesuitas, su rápido crecimiento y difusión y su servicio a la reforma de la Iglesia dispuesta por el Concilio de Trento (1545-1563) terminaron legitimando el nuevo estilo de vida religiosa.

De todos es conocido que el 21 de julio de 1773 el Papa Clemente XIV presionado políticamente por las monarquías portuguesa, española y francesa, disolvió la Compañía de Jesús, por el breve *Dominus ac Redemptor*. La disolución se materializó con el despojo, la expulsión y dispersión de los jesuitas de América y de media Europa. En 1814, medio siglo después, y en el clima de la restauración político-cultural europea, la Compañía de Jesús fue restaurada –he aquí su “primera refundación”–, con la encomienda de hacer frente a la modernidad amenazante. Sus signos de identidad serían entonces el inmovilismo, el integrista y la intransigencia: era el precio a pagar por la rehabilitación. La Compañía restaurada, ya no exhibía la originalidad, creatividad, prontitud de respuesta y espíritu fronterizo de la que había sido extinguida en el s. XVIII; antes bien, portaba la impronta de un ejército homogéneo, monolítico, repartido por el mundo entero para la defensa de la ortodoxia romana. Como he apuntado antes, esa Compañía, grávida de malestar interno por la insostenibilidad del modelo restauracionista, es la que debía recibir el Concilio Vaticano II.

La CG 31, bajo el impulso del Concilio Vaticano II, acometió la reforma interna de la Orden para hacerla capaz de dar una respuesta pertinente al mundo contemporáneo. El Concilio había insistido en la necesidad de “volver a las fuentes”, es decir, recuperar el vigor carismático de los orígenes de la Iglesia, dejando de lado las adherencias del pasado que entorpecían la adecuada respuesta al mundo. Las reformas introducidas por la CG 31 fueron numerosas, pero las más significativas se dirigieron a:

1. Cambios en el modelo de formación tradicional de los jóvenes jesuitas. La pretendida homogeneidad y monolitismo jesuíticos tradicionales eran obra de un idéntico paquete formativo en cualquier rincón del mundo, cumplido en grandes instituciones conventuales alejadas de la vida ordinaria urbana. Se abrió un período de experimentación abierto a los estudios universitarios civiles y a la teología renovada, viviendo en comunidades de menor tamaño en el medio urbano y, muchas de ellas, intencionalmente establecidas en barriadas pobres. Con estos cambios se pretendía estar a la altura de la cultura contemporánea y asegurar un contacto vital con la realidad social.

2. La renovación de la vida espiritual y religiosa de los jesuitas. Se opta por un estilo de vida más sencillo, aligerado de usos conventuales que más que ayudar al apostolado lo entorpecían, se abren espacios a la autonomía espiritual del sujeto y al discernimiento compartido con el superior como instrumento para la obediencia religiosa, etc.
3. La renovación de los ministerios apostólicos. Los incuestionados apostolados tradicionales debían ser discernidos. Probablemente los jesuitas no estaban “donde más gloria” se daba a Dios, porque los desafíos y exigencias del mundo son cambiantes. El mandato de Pablo VI de hacer frente al ateísmo se tradujo en la asignación de prioridad a las obras de estudio, reflexión y discusión acerca del impacto de la secularización y el ateísmo modernos.
4. Cambios en la estructura y organización de la Orden. Ya se habla de la particular vinculación de laicos en las obras de la Compañía. Se autorizó al Prepósito General a dimitir por motivos de salud, previa consulta y conformidad de sus colaboradores y provinciales. Se cambia la composición de las Congregaciones Provinciales, antes formadas por los cuarenta profesos más antiguos, de modo que sus miembros sean elegidos democráticamente. Este cambio liberaba a la Compañía de una estructura gerontocrática comprensible hace siglos pero injustificable actualmente; sin embargo, este cambio resultó muy irritante para algunos jesuitas conservadores. Finalmente, con el propósito de superar discriminaciones que muchas veces llegaron a ser dolorosas, se creó una comisión para el estudio de “los grados” o categorías internas de los jesuitas (profesos, coadjutores espirituales y coadjutores temporales). Numerosos postulados pedían su abolición o la extensión a todos del cuarto voto propio de los profesos jesuitas. Este tema en particular provocó una advertencia de Pablo VI a la CG 31^a y seguiría siendo problemático hasta la CG 32^a.

El conjunto de estos cambios remodelaba la apariencia de la Compañía de Jesús al punto de hacer hablar de una nueva refundación. De todos modos, reformas de profundidad y alcance como las indicadas, no se improvisan, ni surgen de una decisión administrativa del alto gobierno, sino que se comprenden como respuesta a clamores previos y como resultado maduro de múltiples aportes. El mismo Vaticano II no sería explicable sin el silencioso aporte de décadas de investigación teológica renovada que había preparado el terreno. En este preciso sentido, las reformas de la Compañía eran previas y anteriores al gobierno de Arrupe; quien más bien fue su instrumento de aplicación. Ahora bien, nadie más convencido que el P. Arrupe que muchas veces se sintió obligado a justificar los cambios con impactantes frases:

No tengo miedo al nuevo mundo que surge. Temo más bien que los jesuitas tengan poco o nada que ofrecer a ese mundo, poco o nada que decir o hacer, que pueda justificar nuestra existencia como jesuitas. Me espanta que poda-

mos dar respuestas de ayer a los problemas de mañana. No pretendemos defender nuestras equivocaciones, pero tampoco queremos cometer la mayor de todas: la de esperar con los brazos cruzados y no hacer nada por miedo a equivocarnos.

Siempre, espontáneamente, se ha asociado los jesuitas a los Ejercicios Espirituales. Sin embargo, el P. Arrupe promovió un verdadero redescubrimiento de los Ejercicios y de la espiritualidad de san Ignacio que, por extraño que parezca, habían ido perdiendo su fisonomía propia en el período restauracionista.

El P. Arrupe tuvo la clara intuición de que la “vuelta a las fuentes” que debía animar la reforma era precisamente el redescubrimiento y actualización del carisma fundacional de Ignacio de Loyola... y con él, la recuperación de la originalidad, creatividad, prontitud de respuesta y espíritu fronterizo de los primeros jesuitas. De esta intuición son evidencia no sólo los principales documentos del generalato de Arrupe, sino también la sorprendente eclosión de los estudios ignacianos durante su gobierno. Fue iniciativa suya la creación del Centro Ignaciano de Espiritualidad (CIS) en Roma, del que se hicieron eco fundaciones semejantes en distintas provincias. En nuestros días, en medio del mundo secularizado, el apostolado de los Ejercicios Espirituales cuenta con buena salud y está ampliamente acreditado.

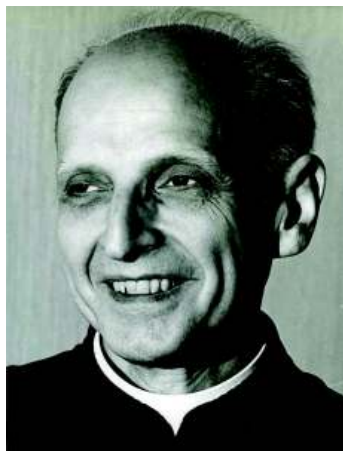
A finales del verano de 1974, el P. Arrupe pronunció en Loyola una conferencia importante sobre el carisma apostólico de san Ignacio y su cristalización en los Ejercicios Espirituales y en las Constituciones de la Compañía, que representa su síntesis más lograda sobre la inspiración carismática original de la Orden.

2.6. La crisis de la Compañía en España

Un grupo de jesuitas reducido en número pero notablemente activo e influyente en los órganos de la Santa Sede, que rechazaba las reformas del Concilio, comenzó a manifestar su oposición también a las reformas internas de la Compañía de Jesús. La imprudencia y, a veces, superficialidad de otros, también minoritarios, que mostraban públicamente su rechazo a toda tradición y manifestaban públicamente críticas a la doctrina oficial, escandalizaba a los conservadores que reaccionaban con denuncias amargas que pronto llegaron al Papa, antes y durante la CG 31.

Después de su elección, en una entrevista personal el 17 de julio de 1965, el Papa Pablo VI comunica al P. Arrupe, acompañado por sus Asistentes, el contenido de las quejas recibidas: la renovación interna se hace a costas de la vida interior y el orden externo de la vida religiosa; están dejando de ser “los de antes”; no se ve continuidad entre el carisma histórico y los apostolados modernos; se ha debilitado la fidelidad y la obediencia a la Santa Sede, especialmente entre los jóvenes; los jesuitas deben obedecer incluso cuando no comprendan los motivos de lo que se les manda.

Al año siguiente, el 16 de noviembre de 1966, dirigiéndose a los miembros de la CG 31 la víspera de su clausura, el Papa se lamentaba por “rumores y voces referentes a vuestra Compañía” que han llegado a sus oídos y “no podemos ocultar nuestro estupor y nuestro dolor por algunas de ellas”. Preocupaba al Papa el vigor que dentro de la CG 31 habían mostrado las tesis más aperturistas y temía por un menoscabo futuro de la vida religiosa y obediencia de la Orden. Sin embargo, al final del discurso, el Papa responde a esos rumores y voces: “¡Sí, a vosotros se os mantiene nuestra confianza!”.



Pedro Arrupe, conferencia en la Universidad de Santa Clara (California, EE.UU. mayo 1966)

En los años siguientes el flujo de denuncias no cesa y la Santa Sede pide a la Curia jesuítica informes particularizados sobre la Compañía en España. También los pide a los obispos españoles. Al P. Arrupe se le reprocha que su gobierno es “débil” y no aplica correctivos.

El 9 de enero de 1969 un grupo de 18 jesuitas españoles redactan un documento muy crítico sobre el estado de la Compañía de Jesús, dirigido “a nuestros superiores”. Se denuncia la debilidad del gobierno de Arrupe, la libertad de opiniones que se traduce en desobediencia e insubordinación doctrinal de los jesuitas y pérdida del espíritu religioso por la secularización de las costumbres. Al final se solicita la autorización de vivir en régimen aparte, restaurando el estilo de vida anterior a la CG 31.

El documento llega con facilidad al Papa que, sin embargo, no responde, sin consulta al menos al Cardenal Tarancón, quien recomienda desestimar la solicitud, pues las denuncias serían replicables en muchas congregaciones y diócesis.

Por su parte, y procediendo por iniciativa propia, sin mandato de la Nunciatura en Madrid ni de la Santa Sede, el Cardenal Morcillo remite el documento citado a los obispos españoles pidiéndoles que se pronuncien bajo secreto. Esta iniciativa llega a conocimiento de los siete superiores provinciales jesuitas de España y provoca una reacción inesperada: en sendas cartas al Papa y al P. Arrupe, renuncian a sus cargos por entender que el Presidente de los obispos ha vulnerado injustificadamente la confianza mínima para ejercer como superiores. Se desata, pues, una crisis sin precedentes.

La Santa Sede reacciona expresando al gobierno de la Orden la intención de designar una comisión que estudie la situación. Por su parte, el P. Arrupe manifiesta su opinión contraria a una institución que vendría a parali-

zar a la Compañía en España por un largo período y a complicar el gobierno de toda la Orden. En entrevista personal con el Papa, a partir de la cual, el Secretario de Estado, Cardenal Villot remite correspondencia al P. General y al presidente de los Provinciales de España, urgiendo la intervención del Prepósito General. Al efecto, y como primer paso, el P. Arrupe escribe una carta a todos los jesuitas de España insistiendo en que el Papa apoya la renovación interna de la orden. A continuación, enfrenta directamente la crisis viajando personalmente a España.

En mayo de 1970 realiza su primera visita a España como General de la Compañía. Aunque el viaje fue una afirmación de su carisma personal, la crisis no fue neutralizada, y las denuncias ante el Vaticano solicitando un régimen excepcional para la “vera Compañía” no cesaron. Con el tiempo aparecieron núcleos disidentes en Argentina, Estados Unidos, Francia e Italia, especialmente, en Roma, a la sombra del Vaticano. Ahora bien, al no obtener tampoco satisfacción de sus solicitudes, a partir de 1974 el reducto conservador pasó a la clandestinidad, autodenominándose “jesuitas en fidelidad” y dirigiendo cada vez más ataques personales al P. Arrupe, requiriendo su dimisión y adversando la reunión de la CG 32. Ciertamente, no se puede decir que la confianza en la Compañía y en el P. Arrupe hubiera sido recuperada por la Santa Sede. Las comunicaciones con el General reiteradamente se hacían eco de las sospechas y el P. Arrupe no acertaba a producir gestos que las disiparan definitivamente.

2.7. El camino hacia la CG 32^a

En los primeros meses de 1967 el P. General cumplió un viaje a la India y Sri Lanka, regiones asiáticas en las que la Compañía de Jesús mostraba mayor vitalidad y representaba cada día más un sector cuantitativamente más importante en el conjunto de la Orden. En 1968 el P. Arrupe viajó tres veces a América Latina. En mayo, acudió al encuentro mundial de antiguos alumnos de la Compañía, celebrado en Río de Janeiro (Brasil). En agosto asistió al Congreso Eucarístico de Bogotá, cuya apertura fue presidida por S.S. Pablo VI, y a continuación participó en la Segunda Conferencia General del Consejo Episcopal Latinoamericano, reunida en Medellín, donde el episcopado del Continente actualizó el mensaje y la reforma conciliar para sus Iglesias, poniendo en el centro de sus inquietudes la contradicción entrañada en el único continente mayoritariamente católico donde la pobreza y la injusticia se imponen como condición apabullante.

Desde sus primeros viajes a América Latina el P. Arrupe, que ya en su primer año como General había escrito una carta sobre el apostolado social en América Latina, captó que el problema central de la condición cristiana en el continente era la pobreza y la injusticia y así lo expresó en sus intervenciones y en estímulo ofrecido a los jesuitas.

La centralidad de la justicia para la fe cristiana no fue hallazgo ni invención de los jesuitas ni del P. Arrupe. Aparte del Episcopado latinoamericano,

y de la *Populorum progressio* (1968) de Pablo VI, los encuentros del Sínodo de los Obispos de 1971 y 1974 se ocuparon explícitamente de la promoción de la justicia. En la primera década del posconcilio, uno de los temas fuertes del magisterio y de la reflexión teológica era precisamente el de la vinculación de la evangelización y la promoción de la justicia. Sería más preciso decir que fue el “sensus ecclesiae” de la Compañía de Jesús lo que asignó centralidad al tema de la justicia en la CG 32.

El 2 de diciembre de 1973 se convoca la 32ª CG que se celebraría al año siguiente. En un momento en que en los más diversos frentes se hacía manifiesta la crisis producida en el seno de la Iglesia católica, la CG 32ª reafirmó y profundizó el espíritu renovador del Vaticano II.

Poco tiempo antes del inicio de la CG el P. Arrupe informó al Papa la insistencia de numerosas provincias en revisar el tema de “los grados”, probablemente extendiendo a todos los jesuitas el voto particular de obediencia al Papa respecto a misiones. En respuesta a esta notificación, el Papa recordó al General su voluntad de que el argumento no se planteara. Más adelante, el 3 de diciembre, en carta dirigida al P. General al inicio de la CG, el Cardenal Villot recordará que el Papa estima inconveniente la discusión del tema de “los grados”.

En su discurso a la CG Pablo VI, con acento preocupado, pregunta a los congregados: “¿De dónde venís?, ¿quiénes sois...?, ¿adónde vais?”. Al responder a estas preguntas el Papa recuerda las notas de la vocación jesuítica: “sois religiosos, apóstoles, sacerdotes, unidos al Papa con un voto especial...”. De este modo, quedaba delimitado el discurso de la CG 32... Los trabajos se iniciaron y, atendiendo a los sondeos previos, apareció el tema de “los grados” vetado en la carta del Cardenal Villot, lo que incomodó una vez más al Papa. El P. Arrupe debió pensar que no era preciso vetar la discusión, sino más bien cualquier decisión de cambiara el estatuto vigente.

Los decretos de la CG 32 imprimieron un carácter inconfundible al mundo jesuítico. Si el Papa con su mandato en la anterior CG había a los jesuitas a la defensa de la fe frente al ateísmo en las encrucijadas del mundo moderno, ahora el desafío de construir la justicia en nombre de la fe quedaba definitivamente vinculado a la evangelización. El mismo P. Arrupe llegó a decir que esta CG fue el momento más importante de su generalato. Entre sus aspectos más innovadores están:

1. El más decisivo fue la definición de la identidad del jesuita y la reformulación de la misión de la Compañía en términos de defensa de la fe y promoción de la justicia que la misma fe exige. Con semejante definición se indicaba no sólo la preferencia por los apostolados con incidencia en la lucha contra la injusticia y el servicio a las mayorías pobres, sino una dimensión transversal de todos los apostolados de la Orden. Este tema había aparecido con gran fuerza durante los trabajos y sondeos de las comisiones preparatorias.

2. La adopción de la inculturación como vehículo de la evangelización de las culturas evitando cuidadosamente el colonialismo cultural. Como he apuntado antes, la inculturación no se asume por criterios estratégicos o metodológicos, sino por su fundamento en la Encarnación del Verbo “que se despojó de su dignidad divina para hacerse un servidor” (Fil 2, 5-11).
3. Se enunció como criterio para valorar la vida religiosa del jesuita, particularmente durante su formación, el de la integración de la vida espiritual, que se traduce en experiencia personal de Dios y vida de oración entendida como intimidad permanente con Cristo, y otros aspectos que han de interpenetrarse y no oponerse (el dinamismo apostólico, la vida comunitaria, etc.).
4. La recuperación del discernimiento espiritual como método para buscar permanentemente la voluntad de Dios sobre la vida de la Compañía y para el gobierno de la misma.

Una apuesta tan decidida por la justicia llevaba a muchos jesuitas, particularmente en América Latina, al encuentro con analistas y activistas de inspiración marxista. Pronto se hizo precisa una reflexión que discerniera el trigo y la cizaña de aquel enfoque. El 8 de diciembre de 1980, el P. Arrupe dirigió a los provinciales de América Latina una carta sobre “El análisis marxista”.

2.8. Las tensiones crecientes con la Santa Sede

Una de las peculiaridades del gobierno tradicional de la Compañía de Jesús había sido el carácter vitalicio del cargo de General. Ahora bien, la longevidad alcanzada gracias a los adelantos médicos en el s. XX determinó que los Generales Ledóchowski y Janssens, antecesores de Arrupe, tuvieran que ejercer el cargo con vitalidad mermada y ayudados por sus respectivos Vicarios. Previendo situaciones semejantes, la CG 31, como he comentado, autorizó al Prepósito a dimitir. En 1978, acogiéndose a lo determinado por la Congregación que le había elegido, el P. Arrupe inició las consultas pertinentes acerca de la posibilidad de dimitir al cargo de General. Los consultados no veían la conveniencia de tal dimisión.

El 21 de septiembre de 1979, Juan Pablo II aprovechó la audiencia concedida al P. Arrupe acompañado por los catorce presidentes de las Conferencias de Provinciales convocados para discusión de asuntos de gobierno interno de la Orden, para expresarles en tono contundente sus preocupaciones y las de sus antecesores por la desorientación que sembraba en los fieles los efectos de la crisis de la vida religiosa en la Compañía y la preocupación que producía en el episcopado y en el Papa. Les pedía remediar con firmeza aquellos fallos. Esta alocución era una señal de alarma. El P. Arrupe, en posterior carta a la Compañía reconocía que la Orden no había respondido oportunamente a los avisos recibidos desde el papado; y requería de todos un examen de conciencia al respecto.

En una audiencia privada con el Papa, el 3 de enero de 1980, el P. General llegó a percibir que la confianza del Pontífice hacia el gobierno de la Compañía estaba resentida. Probablemente, esa percepción estaba en el trasfondo de las nuevas consultas acerca de la conveniencia de su dimisión que el P. Arrupe reinició al mes siguiente, invocando su edad, la prolongación de su generalato y su desgaste personal en el cargo. Una vez más sus colaboradores desestimaron los motivos de la consulta. Pero un mes después, en marzo, Arrupe pidió nuevamente a sus Asistentes que discernieran el asunto y sus motivaciones, una vez más presentadas. En esta ocasión, sus cuatro Asistentes principales reconocieron la conveniencia de su dimisión.

El siguiente paso obligado fue someter a consulta secreta a los Provinciales de la Orden la intención de dimitir. Una abrumadora mayoría de ellos, conocidas las motivaciones, reconocían la conveniencia de la dimisión del cargo. El siguiente paso del proceso sería convocar una nueva CG, pero antes de hacerlo, “por iniciativa personal, solicitó audiencia al Papa”... pero la respuesta se retrasó semanas y la audiencia se produjo finalmente el 8 de abril. Expuesta su intención y motivos para la dimisión, la reacción del Papa fue extrañamente negativa. Le pidió que interrumpiera el proceso iniciado y esperase su respuesta. Tres semanas después, una carta autógrafa del Papa le ordenaba suspender el proceso iniciado y remitía al futuro impreciso sus instrucciones. Aunque las apariencias externas eran de normalidad entre la Santa Sede y la Compañía, más en el fondo estaban resentidas: el General no era capaz de despertar la confianza cordial del Papa, y este hecho gravitaría sobre el P. Arrupe hasta el final de su generalato.

El 8 de febrero de 1980, el P. Arrupe pronunció en el Centro Ignaciano de Espiritualidad de Roma, una brillante conferencia sobre “La inspiración trinitaria del carisma ignaciano”. Ese mismo año, profundamente impresionado por la tragedia de cientos de miles de prófugos desplazados de sus territorios, muchos de ellos a la deriva, sin patria, en embarcaciones precarias, a consecuencia de los prolongados conflictos en varios países del Tercer Mundo, crea el “Servicio jesuita para los refugiados”, una particular presencia apostólica de la Orden que contó con su atención preferencial. Esta iniciativa, que el General creara un nuevo espacio y prioridad apostólica para la Orden, era un hecho sin precedentes. Recordemos que en ese momento, el P. Arrupe era ya más que septuagenario, el Papa había diferido sus deseos de dimitir y portaba en el alma la herida de la desconfianza papal... y sin embargo su sensibilidad humana frente al sufrimiento estaba intacta y convocaba a los jesuitas a un nuevo desafío: acompañar y asistir a los “boat people”. Como diría la víspera del la trombosis que le alejó del gobierno de la orden, ese era su “canto de cisne” para la Compañía.

2.9. El inesperado desenlace

El 7 de agosto de 1981, al regreso de un viaje que le había llevado a Asia, en el aeropuerto de Fiumicino (Roma), sufre un accidente cerebro-vascular que le impidió definitivamente el gobierno de la Compañía de Jesús. En la

víspera, dirigiéndose a los jesuitas que trabajaban entre los refugiados, había pronunciado lo que él mismo llamó su “canto de cisne para la Compañía”:

¡Por favor, sed valientes! Os diré una cosa. No la olvidéis. ¡Orad, orad mucho! Estos problemas no se resuelven con esfuerzo humano. Estoy diciéndoos cosas que quiero recalcar, un mensaje, ¡quizá mi canto de cisne para la Compañía! Si estamos en el frente de un nuevo apostolado para la Compañía, tenemos que ser iluminados por el Espíritu Santo¹⁰.

A partir de aquel momento, el P. Arrupe, a pesar de conservar la lucidez mental, se vio privado de la movilidad física y de la capacidad de comunicación. En un caso semejante, la legislación interna de la Compañía de Jesús prevé la puesta en marcha del proceso de elección de un nuevo Prepósito General. El 10 de agosto, en su habitación de hospital y con severa dificultad para expresarse, delante de sus Asistentes principales, el P. Arrupe designó para el cargo de Vicario temporal al P. V. O’Keefe. El 29 de agosto, el Cardenal Casaroli, Secretario de Estado, dispensó una visita al P. Arrupe para entregarle una carta personal del Papa, también convaleciente después del atentado del 13 de mayo de aquel año. Al final de la visita, el Cardenal Secretario de Estado comunicó al Vicario O’Keefe que la convocatoria de una CG para elegir sustituto para el P. Arrupe no era conveniente y le requirió mantenerle informado detalladamente de la situación.

El 6 de octubre de 1981, el Cardenal Casaroli portador de una carta personal del Papa, se presentó en la Curia Generalicia de los jesuitas, pidió ver al P. Pedro Arrupe, y después de los saludos de rigor, leyó la carta papal en la que finalmente se exponían los planes del Pontífice para la Compañía de Jesús. El Papa Juan Pablo II nombraba al P. Paolo Dezza como su Delegado personal con plenos poderes para el gobierno de la Compañía, y al P. Giuseppe Pitau como Coadjutor del mismo, para poner en marcha un proceso de adecuada preparación previa a la convocatoria de la CG. De ese modo se interrumpió el proceso ordinario de elección, dejando de lado al Vicario temporal P. V. O’Keefe y abriendo un paréntesis de régimen extraordinario durante el cual, la Orden quedaba sometida a la estrecha observación vaticana.

La intervención del Papa Juan Pablo II marcaba el momento álgido de las tensas relaciones entre el papado y la Compañía de Jesús, que se prolongaban desde el pontificado de Pablo VI, quien había dado las primeras señales de inquietud en sus mensajes a la CG 31. El nombramiento del Delegado personal de Juan Pablo II, si bien se trataba de un experimentado jesuita, conocedor de los laberintos romanos desde tiempos de Pío XII y confesor personal de Pablo VI, no podía ser comprendido más que como manifestación de desconfianza frente al gobierno ordinario de la Orden. Los jesuitas del mundo entero padecieron aquella insólita intervención con sorpresa, dolor y pesadumbre, aunque –para sorpresa de no

10. Cfr. *Promotio Justitiae* 1981; pp. 212-216.

pocos– nadie pudo reseñar en ningún sitio reacción que no fuera de sumisión al Pontífice.

El Delegado personal del pontífice, provisto de facto de mayor jurisdicción que el Prepósito General, promovió entonces un proceso de examen interno de la Orden para evaluar su situación y disposiciones adecuadas con vistas a regresar al régimen ordinario de gobierno.

El 31 de diciembre de 1981, el Papa celebró el tradicional Te Deum en la iglesia del Gesù, la primera confiada a la Compañía en Roma. Después de la celebración se acercó a visitar al P. Arrupe en la enfermería de la Curia Generalicia. Permaneció algunos minutos solo con el General y luego compartió con los jesuitas de la casa expresándoles que estaba muy edificado por el P. General y por toda la Compañía. Esta visita y los comentarios papales fueron interpretados como un cambio positivo en el clima de las relaciones entre la Santa Sede y la Compañía.

El paréntesis extraordinario durante el cual la Orden estuvo bajo estrecha observación, contra numerosos pronósticos, se prolongó escasamente dos años. El P. Dezza y su Coadjutor, el P. Pittau, pudieron informar al Pontífice que la Compañía estaba en condiciones de cerrar el paréntesis abierto, y en consecuencia, la conveniencia de convocar la CG. Esa convocatoria fue hecha efectiva el 8 de diciembre de 1982 y su inicio marcado para inicios de septiembre del año siguiente.

2.10. El progresivo retorno a la normalidad

La CG 33 dio comienzo el 1 de septiembre de 1983 y el día 3 fue leída la conmovedora carta de dimisión del P. Arrupe:

Yo me siento más que nunca en las manos de Dios. Es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia.

Diez días después, el 13 de septiembre fue elegido el P. Peter-Hans Kolvenbach, en el primer escrutinio, vigésimo noveno Prepósito General de la Compañía de Jesús. De ese modo concluía el paréntesis de régimen extraordinario abierto con la intervención papal.

Entonces, y a lo largo de una década, rodeado del respeto y del afecto de los jesuitas de Roma, el P. Pedro Arrupe constituyó para los jesuitas el icono de la santidad destilada en el dolor, la vulnerabilidad, el silencio y el despojamiento. Como había dicho en su carta de dimisión:

Yo me siento más que nunca en las manos de Dios. Es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia.

Su cuerpo se deterioró lentamente y sus facultades se fueron apagando. En la tarde del 5 de febrero de 1991 falleció, el día de la memoria de los mártires de Nagasaki a los que él mismo erigió un monumento y santuario en dicha ciudad.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

Quisiera, para concluir esta memoria del P. Pedro Arrupe, sintetizar lo que me parecen los trazos más gruesos de su fisonomía espiritual, que a mi juicio constituyen su legado para quien desee asumirlo.

1. El rasgo que más me impacta de P. Arrupe es lo que yo llamaría su optimismo antropológico. Su capacidad de comunicar esperanza, ilusión y optimismo a pesar de lo tormentosas que pudieran ser las situaciones que viviera, es inimitable. Por dramático que fuera el momento, nada podía arrebatárle la placidez y serenidad con la que vislumbraba el futuro. No creo que sea simplemente un rasgo temperamental, sino que tiene raíces mucho más profundas. Creía firmemente en que el hombre, cada persona, cada pueblo, cada cultura, son depositarios de semillas de salvación. Los jesuitas de Euskal Herria han escogido bien el lema del Centenario: “Nos enseñó a mirar el lado bueno del mundo”. Al echar la mirada al convulso mundo que le tocó vivir, mientras que muchos en la Iglesia no podían liberarse de la angustia por la pérdida de espacios, Arrupe era capaz de intuir oportunidades y promesas.

Este optimismo frente a las personas era interpretado por algunos como ingenuidad, pero él conocía perfectamente los mimbres con que tejía; no necesitaba cerrar un ojo a la dura realidad, sino que abría ambos ojos para alcanzar una profundidad que a otros se nos escapaba. No sobrevaloraba a nadie, a todos apreciaba benévolamente y estaba seguro de la acción de Dios en cada situación, en cada persona.

2. Una espiritualidad cristocéntrica totalmente arraigada en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. La fuente y fundamento de la actividad del P. Arrupe era la persona de Jesucristo tal y como se le ofrecía en la escuela de los Ejercicios Espirituales. Jesucristo en el centro ordenador de los afectos y las energías vitales y la vida personal entendida como seguimiento al Verbo encarnado y participación en su misión. La vitalidad de la imagen del P. Arrupe procede, en buena medida, de su interpretación actualizada de los elementos del carisma ignaciano.

En sus primeros Ejercicios Espirituales como General escribió en sus notas:

Hay que llegar al convencimiento teórico y práctico de ello. Jesús es mi verdadero, perfecto, perpetuo amigo A Él me debo entregar y de Él debo recibir su amistad, su apoyo, su dirección. Pero también su intimidad, el descanso, la conversación, la consulta, el desahogo...; el lugar es ante el Sagrario: Jesucristo

nunca me puede dejar. Yo siempre con Él. Señor; que yo no te deje *'Et numquam me a Te separare permittas'*.

lo que seguramente resume su cristocentrismo y lo muestra como un hombre enteramente de Dios. En la homilía de sus exequias el P. P-H. Kolvenbach resumía la vida del P. Arrupe en lo que él llamó "sus tres amores": amor a Jesucristo, amor a la Iglesia, su esposa, y amor a la Compañía de Jesús.

Este cristocentrismo arraigado en los Ejercicios fue siempre la clave propuesta a los jesuitas para comprender y exponer su identidad específica dentro de la Iglesia. De este modo, la reforma de la Compañía podía presentarse siempre como repriminización, como recuperación de las fuentes del propio carisma y de la intencionalidad del fundador. En esa línea fue la explicación que daba, por ejemplo, a la creación del Servicio Jesuita a los Refugiados:

Yo me pregunto cuál sería hoy la actitud de Ignacio ante los desastres de nuestra época: los fugitivos del mar, las multitudes hambrientas en el cinturón del Sahara, los refugiados y emigrados forzosos... ¿Sería equivocado pensar que él en nuestro tiempo hubiera hecho más, hubiera hecho las cosas de otra manera que nosotros?¹¹.

3. Otro rasgo que quisiera resaltar es una nota evangélica difícil de resumir, que yo llamaría "la interiorización de la exigencia con relativización de las formas", y que tiene que ver con el estilo de vida religiosa reformada impulsada por el P. Arrupe. El estilo de vida religiosa implantado es la síntesis dinámica de diversos acentos dialécticos:

Hay algo de Arrupe, de su herencia que se ha quedado definitivamente con nosotros en nuestra forma de vida, y que el P. Kolvenbach ha seguido animando: un modo más humano de gobierno, más parecido al de S. Ignacio, pero al mismo tiempo más exigente, pues pide discernimiento y obediencia de juicio, es decir, con libertad; un estilo de vida más sencillo y cercano a los pobres, pero que exige compromiso y renunciaciones; unas estructuras de vida comunitaria más sencillas; pero que exigen más participación de todos; una comprensión de nuestra vida espiritual más apostólica, menos centrada en estructuras externas, horarios y prácticas devocionales; pero que exige más abnegación de uno mismo y una profunda relación personal con Cristo en la oración, en la Eucaristía y en la vida apostólica; unos ministerios actualizados, pero que exigen una honda comunión con la Iglesia y constante relación y relectura del mundo que vivimos y de la realidad que nos toca vivir; una comprensión de la misión de la Compañía en el mundo de hoy, que exige del apóstol sacar las consecuencias prácticas de la fe que profesamos en términos de justicia y amor; un espíritu misionero al mismo tiempo que de diálogo con los diferentes y de inculturación del Evangelio, que exige apertura y despojo de lo propio¹².

11. Arrupe, P. *"Arraigados y cimentados en la caridad"*, Clausura del Curso Ignaciano. Roma, 8 de febrero de 1981. Publicado en: *Manresa* 53 (1981) 99-133.

12. Guerrero Alves, Juan Antonio. *Pedro Arrupe: figura que se agranda, misión que continua*, Conferencia; pp. 15-16.

Este rasgo cobra especial relieve si se tiene en cuenta que desde su elección como Prepósito General devino en icono universal de la Vida Religiosa reformada considerado como referente por la práctica totalidad de los institutos de vida consagrada de la Iglesia católica.

4. La CG 32 y especialmente su Decreto 4 acerca de la identidad del jesuita permanecerán vinculados al legado del P. Arrupe. Allí se define la identidad y se formula la misión de la Compañía como servicio de la fe y promoción de la justicia que la misma fe exige. El P. Arrupe pensaba que esa formulación era la actualización exacta de la "Fórmula del instituto" (el más primitivo documento fundacional de la Compañía). La formulación

(...) no es en modo alguno reductiva, desviacionista o disyuntiva: más bien explicita elementos contenidos en germen en la antigua formulación, gracias a una referencia más expresa a las necesidades presentes de la Iglesia y de la humanidad, a cuyo servicio estamos comprometidos por vocación (...),

decía en su última homilía de san Ignacio, en Filipinas.

Desarrolló la intuición de que la injusticia es, en realidad, una forma de ateísmo: fe y justicia no son objetos yuxtapuestos. Por eso, la caridad cristiana ha de verificar su autenticidad en la prueba de la justicia, ya que el evangelio enseña que no se ama si no se hace justicia y que la justicia se convierte en injusticia si a su vez no se practica con amor. En realidad la insistencia en la centralidad de la justicia es resultado de tomarse en serio las condiciones del amor propuestas por san Ignacio en la última contemplación de los Ejercicios. El P. Kolvenbach lo ha expresado con estas palabras:

Por decirlo aún más claramente, su confianza en la justicia vivida a la luz del evangelio apunta a esta expresión y matiz nuevos: la justicia vivida como seguimiento del evangelio es de por sí el sacramento del amor y de la misericordia de Dios. De esta manera, el Padre Arrupe desea reafirmar, en línea con la más pura tradición ignaciana, que el amor no se ha de poner en las palabras, sino que se ha de traducir en acciones concretas de justicia¹³.

5. Aunque está plenamente integrado en el estilo de vida religiosa que implantó, merece mención aparte su modo personal de gobierno que condujo insensiblemente a la obsolescencia al estilo autoritario y disciplinar anterior. En contra de la tan extendida imagen castrense de la obediencia religiosa y especialmente jesuítica, su idea de la obediencia era dialogal y nunca meramente unilateral ni verticalista. Este estilo de gobierno echaba raíces en su espiritualidad y en la tradición ignaciana; y fue de las cosas que más claramente vio desde el inicio de su Generalato. En las notas de los Ejercicios Espirituales correspondientes a su primer año como General escribía: "El general es el jefe, pero es cabeza y padre. Es gobernante y administrador; de ahí la amabilidad, cariño, llaneza de padre, la claridad,

13. Kolvenbach, P.H. *P. Pedro Arrupe: Profeta de la renovación conciliar*. Conferencia pronunciada el Foro Deusto el 13 de noviembre de 2007.

determinación, firmeza..., comprensión, amabilidad humanas, cariño y amor”. Efectivamente, san Ignacio reconocía la necesidad de la “representación”, es decir, la transparencia del subdito respecto a sus motivaciones y apreciaciones personales, para que el superior, tomada en cuenta esa “representación” formule la exigencia de obediencia para el caso concreto, del modo que más gloria rinde a Dios.

El estilo del P. Arrupe resultaba desconcertante y fue objeto de acusaciones en su contra desde el inicio. Se esperaba de él que impusiera, haciendo uso de su autoridad, la homogeneidad perdida. Sus detractores siempre debieron partir del reconocimiento de sus virtudes para acusarle a continuación de “debilidad”. Tales críticas eran el contenido de los reproches desde la Secretaría de Estado: debilidad en el ejercicio del gobierno, ser más dispuesto a la benevolencia que al rigor, no erradicar el espíritu de experimentación y confiar excesivamente en las personas que debía gobernar y eventualmente corregir.

En el ciclo de conferencias ofrecido con motivo del Centenario en Bilbao, M. Alcalá ha mostrado en tres casos paradigmáticos cómo el P. Arrupe llegaba a actuar con severidad y firmeza cuando el expediente dialogal estaba agotado. Se podrían multiplicar referencias semejantes. Tengo la impresión de que quienes acusaban a P. Arrupe de “debilidad” tenían poca sensibilidad para reconocer un estilo de gobierno cercano a las recomendaciones evangélicas, y no mostraron gran capacidad para estimar adecuadamente las dimensiones de los cambios incoados y la complejidad de la institución que se ponía en movimiento. Tal vez hoy debería ser más clara que entonces la inviabilidad antropológica del autoritarismo verticalista dentro de la Iglesia.

A estas alturas no cabe duda de que el P. Pedro Arrupe, otro de los “vascos universales”, será recordado como una de las figuras claves que imprimieron carácter inconfundible al cristianismo del s. XX junto a creyentes de la talla de Teresa de Lisieux, Charles de Foucault, Juan XXIII y Roger de Taizé. Reconocerlo y afirmarlo ha sido el sentido último de la conmemoración de su centenario.

Mikel Viana

